

**SOBRE LA INFLUENCIA DE LAS BELLAS LETRAS
EN LA MEJORA DEL ENTENDIMIENTO
Y RECTIFICACION DE LAS PASIONES.**

INTRODUCCION Á LA ENSEÑANZA,

LEIDA EN LA CLASE DE HUMANIDADES

**DE LA REAL SOCIEDAD PATRIÓTICA
DE SEVILLA**

EN 8 DE ENERO DE 1816

POR SU CATEDRÁTICO

D. FÉLIX JOSEF RETNOSO,

Y PUBLICADA

POR ACUERDO DE LA SOCIEDAD.



SEVILLA.

POR ARAGON Y COMPAÑÍA, 1816.

7298

*La real Sociedad Patriótica
tuvo la bondad de honrar esta
lección de la apertura de su cla-
se , no solo con la voluntaria
concurcencia de muchos indivi-
duos suyos , sino con la presen-
cia de sus gefes , que por acuer-
do de ella presidieron la sesión
de aquel día. El autor de este
discurso , que le habia escrito
sin la suficiente meditacion, es-
taba muy ageno de tener tan
sabios y esclarecidos oyentes; y*

mucho mas, de que hubiera de darse á luz, como pretendieron algunos de ellos, quando le acababan de oir. Persuadido á que no merece ocupar la respetable atencion del público, resistió á las primeras propuestas, que se le hicieron de su impresion; mas habiéndola acordado posteriormente la Sociedad, cree que paga poco á quien debe tanto, con este corto sacrificio de su orgullo.

Que las Bellas Letras han mejorado las facultades de nuestro espíritu, es, Señores, una verdad tan antiguamente conocida, que no se hubiera adivinado, veinte siglos ha, la necesidad ó conveniencia de manifestarla. Esta es acaso la primera y mas permanente noticia, que se adquiere en la historia del saber humano. Si consultamos á los escritores, que han florecido despues de renacidas las ciencias, les oirémos decir, sin duda exágeradamente, que las Bellas Artes han civilizado los pueblos. Si volvemos los ojos al primer albor de la restaurada cultura de Europa, descubriremos en la moderna Italia dos poetas, que por entre las sombras de la barbarie conducen la antorcha por tantos siglos extinguida. Si subimos á la edad de gloria de la literatura, verémos dimanar la ilustracion romana de los humanistas griegos, trasladados al Lacio; y la verémos crecer luego, y llegar al mas alto brillo y esplendor, no tanto por las meditaciones de sus filósofos, como por el talento y las gracias de sus oradores y poetas: verémos mas arriba la sabiduría griega nacer de la boca de Homero, y desplegar los rayos de su luz sobre todos los caminos de enseñanza, que ha descubierto el entendimiento de los hombres.

Si llevamos el paso hasta la infancia de la sociedad, en quanto puede conocerla la historia, hallaremos á la Poesía, siendo la maestra y directora de los pueblos. Poetas fueron sus primeros filósofos, poetas sus historiadores, poetas sus legisladores: su saber y sus versos dictaron los derechos y los deberes sociales, los preceptos de la moral y de la religion. De aquí, dice Horacio, vino el honor y fama de los poetas:

*Sic honor et nomen divinis vatibus atque
Carminibus venit.*

Si queremos penetrar mas alla, y perdernos entre las sombras de la fábula, que nos encubren el nacimiento de las sociedades, tropezaremos en aquellas remotas tinieblas á Anfiön moviendo las piedras heladas con el sonido de su lira, y alzando los muros de una ciudad; á Orfeo amansando con su canto á los tigres y los leones: ficciones, con que se nos ha querido enseñar el poderoso influxo de la Música y de la Poesía en la cultura de los hombres y endulzamiento de sus pasiones agrestes.

¿Será posible, que todas las naciones en todos los climas y edades, que el género humano entero se haya engañado sobre el aprecio debido á las Bellas Letras, que en los últimos siglos desestimaron esco-

lásticos asquerosos? (1) Sin embargo de que las luces han rasgado ya el tupido velo, que cubria su ciencia misteriosa, y despreció ante ellas ese linage de sabios, como huyen al nacer el sol las aves infaustas de la noche, todavía quedan entre nosotros algunos hombres, que para dar mérito á su añeja instruccion, desprecian en los demas lo que ignoran ellos, y miran con un ceño afectado el estudio de las Humanidades, ó como inútil á la educacion literaria, ó tal vez como peligroso á las costumbres: hombres que se creyeron oradores, quando la eloqüencia consistia en conceptos frívolos ó expresiones hinchadas, guarnecidas de erudicion de poliantea; que se jactaban de poetas, quando se reduxo la poesía á paranomasias y laberintos; y desprecian ahora las artes divinas de hablar, quando ven

(1) *Cum enim facultates eas, quae linguam expoliunt, mirum in modum neglexissent; cum sese in sophistica arte tersissent diutius &c... Sophismatum faeces in scholam inferentes, et ad risum viros doctos incitant, et delicatiores ad contemptum. Caño. De locis theol. lib. IX, cap. 1. et lib. VIII, cap. 1.* Estos son los escolásticos, de quienes se habla; despreciadores y despreciables en la república de las letras. Los que merecen el aprecio de los sabios, estimaron la bella literatura, como de sí lo acredita bien el ilustre teólogo, cuyas son las palabras antecedentes.

que han tomado el humo por la luz, y conocen que no son ellas un juego vano de palabras, sino una facultad profunda y científica, que siempre ignoraron, y ya se desdenarían aprender.

El estudio de las letras humanas engrandece el genio, aumenta las fuerzas de la imaginacion, nos ilustra con una multitud de conocimientos, que le son peculiares, y nos lleva á investigaciones utilísimas, que le están enlazadas estrechamente. Suyo propio es el exámen del gusto, de la elegancia, del decoro, de la belleza, de la sublimidad. Suyos son los colores para animar toda la naturaleza; suyos los rasgos para conmover la fantasía; suyos los móviles para manejar el corazon. Pero ni aquel exámen puede hacerse, ni estos medios emplearse bien, sin dedicarse muy de propósito al íntimo conocimiento del hombre, de las operaciones de su razon y su sensibilidad, de la influencia de lo bello, ya sea en el original, ya en sus copias, sobre el entendimiento y el corazon; sin analizar los caractéres, las costumbres, los afectos, en suma, la naturaleza humana: parte la mas importante y delicada de la filosofía. Así el estudio de las Humanidades derrama tan inmensa copia de luces en el espíritu.

Y así los que nunca las cultivaron, no alcanzarán otras ciencias con perfeccion.

¿Hubo jamas alguno , que haya merecido nombre de sabio, desnudo de tales conocimientos? Ellos adiestran el entendimiento en sus primeros pasos, le guian en su mas rápida carrera, le llevan al término de conducir y esclarecer á los demas. No por un ciego acaso han sido siempre las Bellas Letras la aurora del saber para las naciones. Las verdades de sentimiento se perciben mas pronto, que las de reflexi6n. Estas últimas están fuera de nosotros, y en su busca podemos freqüentemente extraviarnos; aquellas por el contrario, ó no existen en parte alguna, ó existen en nosotros mismos: así no nos huyen, como esotras, quando nos acercamos á exâminarlas. Se pueden hacer discursos al hombre, sin que penetre la verdad de ellos; ¿pero podrá pulsarse su alma con impresiones agradables, sin que sienta luego su belleza? La Grecia aprendió de sus poetas el arte de raciocinar; porque hay mas estímulo y facilidad para discurrir sobre lo que place, y asegurarse de la belleza de un drama, que no de la verdad de un sistema.

„ Pensais acaso, (decia Condillac á su
 „ ilustre discípulo,) haber aprendido á ra-
 „ ciocinar, quando leisteis el arte de ha-
 „ cerlo. No, Señor: os he dado yo ántes
 „ sin decíroslo, y sin que vos lo conocié-
 „ seis, lecciones de discurrir, quando os ha-

„ cia leer á Corneille, á Racine y á Mo-
 „ liere. Creíais, no hacer otra cosa que di-
 „ vertiros, quando representando á solas una
 „ pieza dramática, hablabais ora por uno,
 „ ora por otro personage; pero así os acos-
 „ tumbrábais á comprehender todo el plan
 „ de la composicion: reflexionábais sobre la
 „ narracion, sobre el enredo, sobre el desen-
 „ lace: condenábais el carácter inútil, cri-
 „ ticábais el mal sostenido. Os desagradaba
 „ la accion, quando era lánguida, quando
 „ doble, quando variaba, ó no se conocia
 „ bien el lugar donde sucedia. De este mo-
 „ do os formábais ideas de órden y de pre-
 „ cision: pues en eso consiste todo el arte
 „ de racionar.

„ Veis pues por experiencia propia, que
 „ el gusto es la primer facultad, que ha
 „ de ejercitarse. Yo lo habia experimenta-
 „ do en mí: si sé racionar, lo debo mu-
 „ cho mas á los poetas que os he dado á
 „ leer, que no á los filósofos que he es-
 „ tudiado. Meditando sobre la historia del
 „ ingenio humano, me he confirmado en es-
 „ ta opinion; y vos conoceréis que no me
 „ equivoco, si recordais lo que he dicho
 „ acerca de los griegos. Los objetos de gus-
 „ to son á la verdad, para los que tenemos
 „ mas disposicion y mayor número de auxi-
 „ lios. Por ellos pues debemos dar princi-
 „ pio á estudiar; y quando hayan ellos des-

„ arrollado nuestras facultades , podrémos
 „ exercitarlas sobre otras materias con apro-
 „ vechamiento. Así es fácil de prever, que
 „ los pueblos de Europa (*considerados en la*
 „ *ignorancia de los siglos bárbaros,*) no ra-
 „ ciocinarán bien, mientras carezcan de buen
 „ gusto; que tendrán excelentes poetas, án-
 „ tes que buenos filósofos. En suma, las ar-
 „ tes y las ciencias renacerán por el ór-
 „ den mismo, con que las habeis visto nacer
 „ en la Grecia (1).”

La Grecia empero no solo comenzó á saber por la ilustracion de su gusto , sino fue acompañada siempre del estudio de las letras que le cultivan, y guiada por ellas hasta el altísimo grado de literatura, á que no llegaron los pueblos anteriores, ni alcanzaron luego los escolásticos, desamparados de la luz de las Humanidades en la escabrosa carrera de sus ciencias. Embelesados en sus abstracciones , no atendieron á la sensacion de los objetos mismos, que procuraban clasificar. Pero las facultades de nuestra alma están unidas íntimamente; y no es posible perfeccionar alguna de ellas, sin el cultivo de otra. Todas se contienen en la facultad de sentir: todas nuestras ideas nacen de las per-

[1] Condillac. *Histoire moderne*, livr. IX, chap. 8.

cepciones de los sentidos; ó, para decirlo mas exáctamente, son esas mismas percepciones. Nuestros conocimientos, nuestros juicios, nuestras reflexiones, nuestros raciocinios son modos, mas ó ménos complicados, de percibir los objetos sensibles: aun las ideas mas espirituales principian en las impresiones de ellos; son en su origen sensaciones. Los conocimientos generales y abstractos, sobre que se versan las ciencias, no son mas que una descomposicion de las sensaciones individuales. Estos son rudimentos, sabidos de quantos han estudiado la generacion de las ideas, y no es de mi propósito dilucidarlos.

Pero sí lo es, observar, que la perfeccion de esta facultad de sentir, semillero de nuestros pensamientos, manantial de la sabiduría humana, es el intento y el estudio todo de la bella literatura. La ocupacion y empleo de estas artes es la imitacion escogida de la naturaleza. Ellas eligen los objetos mas bellos del universo, los pulen, los desnudan de sus imperfecciones, los retratan con pinceladas mas fuertes, ó con mas risueño colorido, ó ya juntan en un ser ideal las bellezas esparcidas en muchos de ellos, para ofrecernos en sus obras sensaciones mas finas y depuradas, que los objetos naturales.

El estudio de las sensaciones nos instruye por una serie de experiencias á cor-

regirlas y perfeccionarlas. Los órganos adquieren con el ejercicio mayor flexibilidad y delicadeza: el principio interno de la sensibilidad logra mas extension. Por eso el botánico distingue en una planta mil partecillas, que se escapan á una vista inexperta: por eso el dibuxante descubre en el desnudo de un quadro perfecciones ó desarreglos, que el colorido encubre á los ojos vulgares. La repetición de cierta clase de sensaciones acostumbra á los movimientos que las causan, no solo los conductos exteriores, que llamamos sentidos, sino los órganos internos, donde tiene su asiento la sensibilidad. Esta repetición produce los hábitos en nuestro cerebro: así el músico oye sonos en el silencio, el pintor ve imágenes en la oscuridad, el filósofo se distrae de los objetos que le cercan, y se absorve en sus meditaciones: así en los sueños se reproducen sin nuestra voluntad las impresiones á que estamos habituados. Si pues el estudio y ejercicio pueden tanto sobre la capacidad de sentir, que la perfeccionan y amplian; si la costumbre puede tanto, que la hace moverse y obrar, sin nuestro querer ni advertencia, ¿quánto no valdrá amaestrarla, exercitarla, acostumbrarla á percibir la belleza en las sensaciones? Habituada á recibir impresiones escogidas, tendrá esta facultad primordial un discernimiento sobre los

objetos , una finura y delicadeza de tacto para distinguir sus defectos ó perfecciones, en suma, tal facilidad y propension en dirigirse á lo bello, que lo buscará por sí misma, y se encaminará á lo mas perfecto, sin esfuerzo suyo ni atencion. Y ved, Señores, la causa porque tienen los que han cultivado bien las Bellas Letras, ese tino y sabor, ese instinto de lo mas apreciable, de lo mejor y mas puro y selecto, que los guia, por do quiera vayan, en el dilatado pais de las ciencias: ese horror á las extravagancias y desvaríos, que tantas veces han des-caminado á sus profesores: ese buen gusto, que obra sin ser sentido, á manera de la vegetacion; que á todos los conocimientos humanos se extiende; que todos los dirige, los reetifica, los ilustra: ese buen gusto, que siente y rehuye lo desagradable, lo fútil, lo deforme, lo ridículo: ese gusto, de que todos hablan, cuya conveniencia todos confiesan, cuya privacion ninguno en sí mismo reconoce, cuyo cultivo es tan necesario, como peculiar de la amena literatura: ese gusto, de que carecen los que, por el estudio filosófico de ella, no han pulimentado sus sensaciones.

La facultad de recibir placer ó desagrado con las perfecciones ó defectos de la naturaleza y del arte, ha tomado en todas las lenguas de las naciones cultas este nombre

de *gusto*, trasladado de aquel sentido, con que distinguimos el buen ó mal sabor de los manjares. Pero así como el paladar mismo tiene su educacion, y desprecia y aun repugna las mas delicadas viandas ó licores, criado con alimentos groseros; por el contrario, recibe de estos, que son la delicia del rústico, un extremo tormento y náusea y vómito, quando se ha acostumbrado á sabores exquisitos: de esa manera este sentimiento de lo bello y deforme, que la costumbre torna en un instinto, al parecer, natural, tiene su formacion y escuela, tanto mayor y mas necesaria, quanto su objeto, que es la naturaleza toda y las artes que la imitan, es mas extenso infinitamente que el del paladar, limitado á un corto número de percepciones: quanto las sensaciones de aquel son mas espirituales, mas variadas, se multiplican y reunen en número prodigioso, son capaces de relaciones complicadas y de una sola direccion en su diversidad; á diferencia del sentido del gusto, criado para impresiones sencillas, incapaz de multiplicarlas así, y de ordenarlas á la unidad distintamente. En suma, el paladar, destinado á satisfacer la primera necesidad de la vida, tiene por guia inmediata á la naturaleza, que le advierte, quando no está corrompido, de sus errores; mas la naturaleza no nos instruye tanto sobre los objetos, á que nos

llevan las necesidades de nuestra invencion, la curiosidad, el deseo de perfeccionar nuestras facultades. ¡Quántas veces reciben los hombres placer en los juicios errados, en los delirios de su entendimiento! *Injucunda quibusdam gradibus appetitui nostro conciliamus, et ea primò tolerabiliter, deinde libenter accipimus*: dice con suma filosofía S. Agustin en su tratado sobre la Música (1).

Quán necesario sea el estudio sabio y filosófico de las letras humanas para formar ese buen gusto, harto lo han mostrado con sus extravíos los que, sin tales conocimientos, se dedicaron á la profesion de las ciencias. Hombres, que no sabian ménos que saben ahora nuestros teólogos y jurisconsultos, se abandonaban á questões vanas é investigaciones pueriles, á sutilezas inextricables é inútiles, á una gerigonza enmarañada de palabras: hallaban su placer (¿y quántos le hallarán todavía?) en leer retruecanos y conceptos alambicados, ó en asistir á una farsa desatinada é indecente. No hay, confesémoslo con sinceridad, otra alguna instruccion, que así precava el entendimiento de tales desarreglos. Ni el conocimiento de las ciencias

[1] S. August. *De Música. lib. 6, cap. 14, num. 47.*

mas serias; ni la excelencia del talento, aun de aquellas facultades del alma, que mas propias son para la Eloquencia y Poesía; ni la dedicacion á esas mismas artes, quando no va guiada de un gusto rectificado por el estudio, pudo librar á los literatos de los descarríos del ingenio y de la imaginacion. ¿Quién negará aquellas dotes á Quevedo? el qual á despecho de sus talentos admirables y de su instruccion vastísima, destituido del buen gusto, sembró á la p de flores y malezas el extendido campo de la Teología, de la Filosofía, de la Poesía, de la Eloquencia, de materias innumerables de confusión. Nacido para la reforma de nuestra literatura decadente, vino á ser un corrompedor del gusto español.

In vitium ducit culpae fuga, si caret arte.

No es el buen gusto una prenda tan fácil y segura de poseer, quando, no ya escritores singulares le han perdido, sino las naciones enteras. Solo quien haya educado su espíritu en el estudio sólido de la belleza, no se aficionará jamas á los extravagancias; no se perderá, yo lo aseguro, en los extravíos de la razon corrompida. Señálese, sino, un solo humanista filósofo, que haya sido un mal escolástico. Perfeccionar la agudeza de sentir, es perfeccionar la facultad de co-

nocer, de juzgar, de raciocinar.

Y tambien es perfeccionar el talento de dar á luz, de esclarecer á los demas, y comunicarles nuestros conocimientos y juicios. ¿Necesita esto por ventura de comprobacion? El habla es la maestra universal de los hombres: ¿y podrá menospreciarse el arte de hablar, quando se trata de instruirlos? Las lenguas son los métodos de analizar y descubrir los pensamientos: métodos, que descuidados comunmente, son la causa mas fecunda de los errores: métodos, que necesitan de tanto estudio y perfeccion, quanto han menester todos los conceptos humanos, que por ellos se nos comunican. El language es quien propaga la verdad y el error. Los hombres, que usan de unas mismas palabras, tienen de los objetos una misma instruccion: en los pueblos de un mismo idioma son comunes las mismas ideas. Los filósofos, como dice Condillac, queriendo hablar de todo, y entregados á sutilezas y visiones, han corrompido las lenguas: ¿á quién toca, añadiendo yo, rectificarlas, sino á los humanistas?

El habla es su heredad propia; y todo su interes y fortuna pende de cultivarla. Los gramáticos, limitándose al mecanismo del language, han abandonado aquel estudio profundo de su espíritu, de que decia Quintiliano, que „no solo puede adelgazar el ta-
„lento de los jóvenes, sino exercitar la mas

„ sublime erudicion y filosofía (1).” ¿Y quié-
 nes tomaron á su cargo el conocimiento fi-
 losófico de la lengua, sin el qual pueden ma-
 nifestarse muy mal las ideas, observando to-
 das las reglas de la Gramática? ¿Fueron
 por ventura los jurisconsultos? ¿fueron los
 teólogos? ¿fueron los filósofos escolásticos?
 ¿fueron los metafísicos, que navegaron los
 ayres? Tratada el habla mezquinamente por
 los gramáticos, desatendida siempre y tantas
 veces injuriada por las gentes de escuela,
 solo halló asilo entre los humanistas. Las
 palabras eran el instrumento del orador; y
 á nadie tocaba mas conocerle bien, y pu-
 lirlle: eran las tintas del poeta; y ninguno
 necesitaba tanto de buscar su exâctitud, de
 penetrar su energíâ, de escogerlas y com-
 binarlas. ¿Pues quién estudia, como el pin-
 tor, la verdad, la belleza y simetría de los
 colores? ¿Dónde hallarémos entre los escri-
 tores de nuestro buen siglo, no ya la ri-
 queza y las galas, mas aun la precision
 y viveza, de que fue dotado el idioma de
 Castilla, como en el vigor y facilidad de
 Leon, en la correccion y propiedad de los
 hermanos Lupercio y Bartolomé, en el esmero
 y perpetuo pintar de Herrera, en la delica-
 deza y escogimiento de Rioja?

(1) *Instit. orat. lib. I, cap. 4.*

Estudio profundísimo, inmensurable, que solo por un portento del delirio humano, pudieron creer los hombres que le poseían, sin una seria y porfiada aplicación. No ya los escolásticos, depravadores del don de la palabra, sino los verdaderos sabios, conocedores del idioma, han tropezado frecuentemente en esta ciencia difícilísima, y equivocado con grave trascendencia la significación de las voces. Montesquieu da principio á su obra *Del espíritu de las leyes*, por una rara y oscurísima definición de ellas, que le lleva á consecuencias extrañas, y ha precipitado á otros en falsos raciocinios. „ Las leyes, dice, son las relaciones necesarias, que dimanán de la naturaleza de „ las cosas.” Pero las relaciones, consideradas como obra de la naturaleza, son el respecto y orden, que tienen los seres entre sí; consideradas como operación de nuestro entendimiento, son la referencia y comparación, que hacemos de unos con otros, para conocer sus semejanzas ó diferencias. ¿Y cuánto distan aquel respecto y esta comparación; cuántas acciones deben seguirlos; cuántas circunstancias acompañarlos, para que lleguen á ser el mandamiento público del legislador, que es la ley?

„ Solo la tiranía y la ignorancia, que „ confunden los vocablos é ideas mas claras, (dice el marques de Beccaria,) pue-

„ den dar el nombre de *lesa magestad*, y
 „ por consiguiente la pena mayor de todas,
 „ á delitos de diferente naturaleza (1).” Las
 palabras, con que se expresan las ideas de
 la virtud y del vicio, de la inocencia y del
 crimen, cuyas imágenes no nos trasmiten los
 objetos, siendo las representaciones de los
 seres morales, son por su inexáctitud el orí-
 gen de los falsos juicios. Apréndense las pa-
 labras ántes de aprender las ideas; ó mas
 bien, se aprenden las ideas por las palabras.
 Equivocadas estas una vez, ellas sostienen y
 perpetúan los errores en la moral y en la le-
 gislacion. Apenas habrá, si la hay, nacion
 alguna, en que no se haya dado una ex-
 tension inexácta y funesta á ese nombre de
lesa magestad. Nuestras leyes de Partida, cu-
 yos yerros sobre esta materia se enmenda-
 ron mal en el Ordenamiento de Alcalá, y
 en gran parte se han conservado en las mo-
 dernas recopilaciones, califican de reos de
 traycion á los monederos falsos, á los ho-
 micidas de los magistrados y ministros cer-
 canos al Rey (2). ¿Qué mas? El que tu-
 viere union ilícita con la nodriza del prín-
 cipe, ó camarista de la Reyna, es llamado
 por la ley traydor (3); y sobre esta equi-

(1) *Dei delitti e delle pene*. § XXVI.

(2) L. 1, tit. 2, Part. 7.

(3) L. 4, tit. 14, Part. 2.

vocacion de ideas y palabras se le señalan penas horribles, de cuya proporcion y justicia no me pertenece tratar.

¡Mas por dónde me he descaminado yo, para venir á cosas tan apartadas de mi propósito! Conoced, Señores, en mi extravío la conexi6n y enlace imperceptible, que tienen con las materias mas importantes las letras humanas, y su familiar la Filología. ¿Quántos absurdos y arbitrariedades en la decision de las causas, toman su origen del mal estilo, ó del language de las leyes? ¿de sus expresiones inexáctas, vagas, oscuras, equívocas? „ Quales son las palabras, dice „ Bentham, tal es la ley. ¿Se forman de otro „ modo las leyes, que con palabras? Vida, „ libertad, propiedad, honor, todo lo mas „ precioso que poseemos, pende de la eleccion de los vocablos (1)”. No acabaria yo, si solo pretendiese numerar los desórdenes, que ha introducido en todas las ciencias la ignorancia en el arte de escribir.

Si las percepciones, por cuyo medio conocemos los objetos, son imágenes suyas, ¿qué poderío y facilidad no tendrá para formar nuestros conocimientos, quien haya aprendido á pintar en sus palabras con exáct-

[1] *Bentham. Traités de legislation. Tom. 1. Vue générale d'un corps complet. chap. 33. Du style des lois.*

titud y viveza esas mismas imágenes? No solo el poeta y el orador, sino el escritor didáctico, el maestro, el hablista cualquiera, por el modo de expresar los objetos, los pensamientos, los raciocinios, influye maravillosamente en el modo de verlos, de comprenderlos, de adoptarlos. ¿Y cómo sin estudio se presume conseguir en tan difícil arte la perfección? Aun quando la naturaleza haya dado á alguno facilidad y gracia y viveza extraordinaria para manifestar sus pensamientos, ¿tendrá siempre la exáctitud, la precision, la corrección: tendrá, quando quiera, la abundancia y escogimiento de palabras; ora la elegancia, ora la delicadeza, ora la dulzura; ya la energía, ya la vehemencia; bien la gravedad, bien la sublimidad, y tantas otras dotes del razonamiento, como quien las ha estudiado detenidamente; como quien las ha formado sobre la lectura de los grandes modelos? Mientras mas aventajados sean sus talentos de hablar, ¿no será mayor lástima, que queden sin cultivo tan excelentes disposiciones? ¿Pueden suponerse tan acabadas y completas sus facultades, que sean incapaces de perfección? Y si debe procurársela por el estudio ese hijo predilecto de la naturaleza, ¿quánto mas lo habrán menester los que no recibieron de ella tan pingüe patrimonio?

Hablo indistintamente de la Eloquencia

y de la Poesía, quando trato de manifestar su utilidad; porque sus términos se tocan siempre, y muchas veces se confunden; porque quando mas distantes aparecen, ninguna de ellas puede sostenerse, sin los auxilios de la otra. Si alguna vez parece que me limito mas á la Eloquencia, téngase presente, que no es posible, acaso ni medianamente, alcanzarla, sin el estudio de la Poesía y de sus modelos. Si sobre esta me detuviere mas otra vez, será, ó porque tiene el primer lugar entre las artes de imitacion, ó porque á juicio de sus émulos, necesita mas de apologías.

Desde los siglos de la literatura griega y romana está indecisa la cuestión, sobre qual contribuye mas, si la naturaleza ó el arte, para hablar y para escribir bien. Demóstenes corrigió á fuerza de estudio los defectos en la pronunciacion y en la actitud y movimiento del cuerpo; y muchos de pupilo de él han vencido por su aplicacion la ingratitude de la naturaleza, y triunfado de sus mayores obstáculos. ¡Tan grande es el poder que sobre ella logra el estudio! Así la enseñanza del language, del estilo, de las gracias y ornatos de la palabra, tuvo siempre un lugar tan distinguido en los mas sabios planes de educacion: así en todas las naciones civilizadas el arte de decir se ha llevado sobre todos la primacia: así hasta los

aduares errantes de los bárbaros procuran estudiar su lenguaje informe , atienden al donayre y fuerza y viveza de sus expresiones , y las escogen y ordenan para persuadir y mover. Un instinto de la naturaleza, ó mas bien, la experiencia con que ella los guia, hace conocer á todos la necesidad de limar y pulir el instrumento de la palabra: este cetro de oro, que dominó en Atenas y en Roma: que triunfa á un tiempo en la delicada Europa y en la feroz Tartaria: que vence, postra, avasalla, tiraniza dulcemente ; y fue y será siempre un déspota querido de los mortales, mientras tuvieren entendimiento y corazon.

Porque no es menor el influxo de las Bellas Letras sobre la voluntad y sus hábitos, que sobre las percepciones del hombre. Verdad conocida por los mismos, á quienes parece peligroso el estudio de la belleza; pues ningun daño pudiera temerse de él, sino se le supusiese alguna accion sobre las costumbres. En efecto las sensaciones, que instruyen el entendimiento, en quanto representan los objetos sensibles, esas mismas, en quanto nos causan placer ó desagrado, son los móviles de la voluntad, y crean las pasiones con su repeticion. Ha de tener pues gran dominio sobre ellas el estudio de la belleza; es decir , el arte de buscar el placer en las sensaciones. ¿Y no podrá con ese

dominio dirigirlas á la virtud ?

No os sobresalteis, severos estóicos ; no tembleis, moralistas rígidos, al oír el nombre, mal entendido, de placer. ¿Pretendeis privar al día de la aurora, robar al año su primavera, desnudar al campo de sus galas? ¿Osais despojar de las flores á la naturaleza, y hacerla que solo brote espigas y racimos? He dicho mal; abrojos y espinares, pues sus frutos nos brindan un sinnúmero de delicias. La naturaleza dió al placer y al dolor el imperio sobre todos los sentimientos y operaciones del hombre; en vano intentaréis vosotros arrebatárselo: sus vasallos sois, quando pensais haber sacudido su yugo. La honestidad, el buen nombre, su estimacion propia, la tranquilidad de su conciencia, que busca el filósofo quando huye los deleytes, le atraen con un placer superior al que estotros le ofrecerian. Si la reputacion de virtud es un placer peligroso y detestable para un asceta; si la complacencia de un interior puro y sin mancilla todavía le parece reprehensible, ¡ cuántos placeres no siente en obedecer la voluntad divina! ¡ cuántos, quán inmensos y perdurables no espera por cada momento de privaciones! El Dios de la naturaleza y de la gracia ha formado de tal manera el corazon humano, que jamas será atraído por el dolor, ni repulsado por el placer. Atractivos seductores nos

extravian y arrastran á los crímenes; pero el crimen produce siempre consecuencias dolorosas: pero el crimen nunca es bello; nunca su imágen bien trazada debe causar placer: y es una ocupacion del orador y del poeta, retratar su deformidad para arredrarnos; pintar la hermosura de la virtud para atraernos. Si hay una belleza en el órden moral, como lo han mostrado tantos filósofos, ¿porqué no será ella el estudio del humanista, cuya profesion es el conocimiento de la belleza baxo todas sus formas?

Las sensaciones de placer despiertan los deseos hácia el objeto que nos le excita; y estos deseos, quando por la reiteracion de las sensaciones se hacen permanentes, son, con mas ó ménos vehemencia, las que se llaman pasiones: muelles poderosos de las acciones humanas, funestos quando se desarreglan, utilísimos quando se dirigen acordadamente. Tan estúpido es el desconocimiento de la utilidad de las pasiones, como vano y quimérico el propósito de destruirlas. Solo queda un partido para evitar sus efectos perjudiciales; encaminarlas al bien. Hacer de la codicia un móvil del trabajo é industria: tornar la envidia ruin en una honrosa emulacion: convertir el orgullo en un estímulo para no envilecerse con los vicios: elevar la ambicion á la gloria de hacer felices: formar del temor un freno para los

desórdenes: dirigir el odio contra la iniquidad: contener en límites justos al amor, ya que no es posible, ni debido, aniquilar esta pasión, conservadora del mundo: en una palabra, ganar el corazón del hombre para la virtud. Y si tan fuertes y sagaces son los enemigos, con quienes se ha de luchar; si es tan difícil esta conquista, ¿por qué no han de emplearse en ella todos los pertrechos y máquinas del arte; todas las armas mas poderosas? ¿Y cuáles tanto, como las que ofrece el estudio de la amena literatura? ¿A quién es dado acallar el tumulto de las pasiones irritadas, encenderlas para el bien, persuadir, mover, triunfar del corazón humano, como á la Eloquencia? ¿Quién puede dominarlo, arrebatarlo, volverlo á su voluntad, transformarlo, como la Poesía? ¿Cuál otra tiene tintas mas negras para pintar lo horrendo del crimen: colores mas vivos para copiar los desastres que le acompañan? ¿Cuál siembra mas flores sobre el camino, tal vez áspero, de nuestros deberes? ¿Cuál otra puede así levantar el vuelo rápido, girar el espacio inmenso de los orbes, seguir en su carrera los encendidos fanales que le luminan, penetrar á la mansion eterna de la verdad y de la luz? ¿mostrarnos la gloria del hacedor en el firmamento, la risa de su semblante en el suave esplendor de la mañana-

na, su voz imperiosa en el trueno, su cólera en la tempestad? Ya con mas delicado pincel nos retrata

„ La cándida virtud, qual pura rosa,
 „ Que al rayo de la aurora, la cabeza
 „ Levanta aljofarada (1):”

ya con rasgos fortísimos nos presenta la constancia inalterable del justo, á quien ni el pueblo amotinado amedrenta, ni el rostro encendido del tirano atemoriza, ni el bramido de los vientos, que revuelve los mares, le conmueve, ni el rayo le aparta de su propósito. Si se desplomase de sus exes hecho pedazos, quedaria inmoble baxo las ruinas del universo.

Porque así como la Poesía no se contenta con pintarnos los objetos sensibles, quales son en sí, sino que toma de ellos y reúne las bellezas diseminadas, para mostrarnos una imágen, parecida en sus formas á la naturaleza, pero superior á ella en su perfeccion; no de otro modo, para atraernos con la hermosura de la virtud, la limpia de las flaquezas, con que la amancillan los hombres, la adorna de su magia y encantos, y nos propone en el justo un modelo sublime

(1) Melendez. Tom. 3, Part. 1, oda 7.

y halagüeño , qual ni el comercio de la vida nos le ofrece, ni la historia humana nos le presenta. Tales son los embelesos, con que atrae la voluntad: tales las máximas admirables, con que ennoblece el espíritu: tales los exemplos portentosos y sobrehumanos de valor , de sabiduría , de justicia, de sublimidad de alma , de respeto filial, de amor conyugal y fraterno, de humanidad, de piedad, de religion , de fortaleza , de constancia, de laboriosidad, de moderacion, de desasimiento , de generosidad , de beneficencia , de ternura, de honestidad , de prudencia, de política, de heroismo en fin, con que nos enseña y transporta por boca de Homero, de Virgilio, de Horacio, de Leon, de Melendez, de Corneille, de Racine, de Cienfuegos, de Fenelon.

Así dirigen las amenas letras la sensibilidad. Acostumbrándola á impresiones arregladas y bellas moralmente , la hacen mas susceptible del influxo suave de la virtud ; la embotan para los movimientos desordenados y torpes de los vicios. Las pasiones fieras ó ruines; la venganza , la crueldad , el rencor , la intolerancia , el espíritu de persecucion, la avaricia, son tan contrarias á la dulzura y lenidad y delicadeza de sentimientos, que inspira ese estudio, que parece no pueden unirse con él.

Emollit mores, nec sinit esse feros.

La codicia, que corroía el ánimo de los jóvenes romanos, los hacía, en opinion de Horacio, incapaces de escribir versos, como los griegos, dignos de conservarse á la posteridad.

Se temerá tal vez, que las pasiones muelles; que el amor, origen de todas, manantial inagotable de placeres y de desgracias, aumente sus estragos con las armas de la Poesía. Pero ¿no es esto confundir la sensibilidad con sus extravíos? Ella es el venero de las delicias inocentes en la prosperidad, la fuente de los consuelos en la desgracia, el tierno vínculo que enlaza á los vivientes, la madre de las virtudes sociales y bienhechoras: ¿y pudiera decirse, que las artes, quando la cultivan, fomentan los vicios? Léjos de eso, ellos auyentan la sensibilidad, y endurecen el corazon, cuya ternura es el don mas precioso de la naturaleza.

. *Mollissima corda
Humano generi dare se natura fatetur,
Quae lacrymas dedit: haec nostri pars
optima sensus (1).*

¿Porqué esas lágrimas honrosas, bálsamo dul-

[1] *Juvenal. Sat. XV.*

císimo que suaviza las llagas de la mísera humanidad , no aparecen en el rostro del magnate , del opulento, del orgulloso , del avaro, del disoluto , de la mayor parte de los hombres? Un padre de familia mira con ojos enjutos correr el llanto de su esposa y de sus hijos , que él mismo hace derramar por su conducta desreglada. Un poderoso embriagado en los deleytes , oye con helado corazon los ayes moribundos de la indigencia, que pudiera , con su querer solo, remediar. Todos huyen el espectáculo del dolor. La vista del infortunado, qual si fuese la cabeza de Medusa , convierte en piedras los corazones. Tal vez el fanatismo , el odio de faccion , los rencores privados, cubiertos con máscara de celo , condenan como delito la compasion y los auxilios dados al infeliz ; y para vergüenza de la razon y desdoro del evangelio, erigen en virtud la inhumanidad. ¡Hasta ese punto desnaturalizan al género humano sus vicios y errores , y apagan la sensibilidad innata del corazon ! ¿Y será pernicioso el estudio que la fomenta?

Homo sum; humani nihil à me alienum puto.

„ Soy hombre; todo lo de los hombres me interesa.” Esta sentencia , la mas noble y elevada, que ha producido el ingenio humano, compendio de la moral y de la políti-

ca, ha salido de la boca de un poeta. Al escucharse en el teatro de Roma, se levantó un grito de aplauso y conmoción universal, con que romanos y extranjeros testificaron involuntariamente, que la máxima de Terencio, aunque desgastada por las pasiones y borrada por el egoismo, se halla en todos los corazones esculpida por el dedo inmortal del hacedor de la naturaleza. Si tantos intereses falsos la combaten, ¿querrémos proscribir el arte, que la cubre de sus armas para defenderla?

¿Y qué se teme del amor? ¿Extenderá su imperio la Poesía? ¿aumentará su voracidad? ¿envenenará sus efectos? El amor se excita por un objeto individual; la Poesía presenta objetos generales é indeterminados, que no son el estímulo de las pasiones. Quando ella pinta la hermosura, determina las acciones del alma desapasionada hacia un ser ideal, que se separa tanto de objetos singulares, quanto dista aquel de los defectos que en ellos se encuentran. Embebecida con las galas y hechizos del arte, da por satisfecha su inclinación á gozar, sin salir en busca de otros placeres. Asi se ve en el amante de pinturas, que olvida los prados y bosques de la naturaleza, encantado en su galería con las imágenes que se los retratan. Yo lo he visto, Señores: yo lo he tocado por mí mismo. Mis años mas floridos, y los de mis ama-

bles compañeros en la juventud, fueron consagrados al estudio de la bella literatura. Memoria llena de sentimientos, deliciosos en otros días, tristes ahora por su pérdida irreparable. Amadores fieles de las Musas, ciegos entusiastas de sus bellezas, ninguno de nosotros buscaba entonces otra deidad, á quien ofrecer sus adoraciones. Este, creo yo, fue el pensamiento de Cicerón, quando dixo de las Humanidades: *adolescunt alunt*. Ellas son, como el alimento, y hacen abandonar otros pábulos á la juventud.

El estudio, que piden, de las pasiones y de las costumbres, de la Filosofía, de la Gramática general, de las lenguas, de la Historia, de la Geografía, de la Mitología; la inmensa lectura de los prosistas y poetas en sus géneros diversísimos; la lectura de las observaciones, que sobre ellos y sobre la naturaleza han hecho los humanistas célebres; el exercicio de esas mismas artes, que tantos afanes y sudores y vigiliass se lleva: estos conatos y tareas imponderables exigen el sacrificio de otros placeres y distracciones; no pueden sostenerse en la dissipacion. ¿Pudiera jamas esta producir obras dignas de la inmortalidad? Todos sienten esta verdad, aun sin penetrarla: todos se persuaden, á que es necesaria cierta disposicion interior para escribir con belleza, que no se ha menester para discusiones de pu-

ta enseñanza, sobre cuyas materias conserva otro dominio el escritor, en qualquiera sazón de su espíritu; mas las artes del genio necesitan de una fuerza productiva de parte de la naturaleza, la qual combatida por agitaciones vehementes, se embota, se enerva, se disipa. Qualquiera que haya estragado sus costumbres, sirva de exemplo. ¿Habeis visto alguno, que siga dedicado á esos estudios; que produzca algo de bello; que no pierda la sublimidad ó el cado de ingenio, la vehemencia ó floridez de su fantasía, quando se abandona á la disolucion?

Celosas por su sexo y por sus atractivos, quieren asir á las tocas e corazón del hombre para sí. Mas si no pueden despojarle de sus inclinaciones, le hacen mas culto, y, digámoslo así, de una complexión mas delicada en sus afectos; separan de ellos la grosería que los degrada; inspiran honor, decoro, respeto, compostura á la pasión ménos sufridora de freno. Ellas zahieren y persiguen los vicios en la sátira; los burlan y hacen objeto de la risa pública en la comedia; muestran al vivo y engrandecen en la tragedia los extravíos funestos y calamidades, en que precipita á los hombres las fuertes la inmoderacion de las pasiones.

Celio, caballero romano, fue por sus acusadores vituperado de traer una vida licenciosa. Os acordaréis, Señores, de la prue-

ba, con que su defensor admirable le vindica de esta imputacion. Celio es estudioso de la Eloquencia; no puede ser disoluto. Argumento, que tal vez moveria la risa de nuestros jueces, presentado en el foro mas ilustre del mundo por el mas sabio de los abogados. „Sabed, ó jueces, les dice Tulio, „ que esos desórdenes atribuidos á Celio, y „ los estudios de que hablo, no se reunen „ fácilmente en el hombre; porque no es „ hacedero, que el ánimo entregado á la i- „ viandad, embarazado por el amor, por los „ deseos, por el apetito, frecuentemente por „ la abundancia y saciedad, alguna vez por „ las privaciones, pueda sostener esa tarea, „ tal qual es, que llevamos nosotros, no „ digo ya en la execucion, sino en la tra- „ za y disposicion solamente.” Los maestros de la Eloquencia han exigido desde Aristóteles la bondad de costumbres en el orador: Caton le definia: „un hombre virtuoso, „ instruido en el arte de hablar.” Quintiliano asegura decididamente, que sin probidad no puede ser perfecto en su arte (1). El orador debe aparecer bueno á sus oyentes, si quiere persuadirlos; porque su virtud da crédito y autoridad á lo que dice.

[1] *Oratorem autem instituimus illum perfectum, qui esse, nisi vir bonus, non potest. Quintil. Lib. 1. Prooem.*

Qui dum dicit, malus videtur, utique malè dicit (1). Y aunque son unas las costumbres que dicta la moral, y otras las que exigen las instituciones retóricas, y puede el orador tenerlas muy distintas en su conducta, de las que debe mostrar quando habla, ¿acaso expresará bien los sentimientos virtuosos quien no los experimenta en sí mismo; quien los ha lanzado de su corazón? ¿Manifestará de una manera victoriosa los afectos, quien no tiene el hábito de ellos? Y si pudiese conseguirlo, ¿el tenor de su vida no desacreditaria esta ficción? El amor íntimo á la virtud, no solo es necesario para inflamar al orador, y transmitir en sus palabras aquel fuego que abrasa á los oyentes, que arde inextinguible en los escritos, y enciende los afectos de la posteridad, sino tambien se ha menester para templar el alma de quien haya de estudiar sus obras con aprovechamiento, y discernir, y sentir, y gustar, y empaparse de sus bellezas. Las reglas y los modelos de la literatura inspiran sentimientos de probidad.

Que no se me opongan exemplos viciosos en los escritos, ó en la conducta de algunos humanistas. Esa es la falsa manera de raciocinar, empleada contra la filosofía frecuentemente. En ellas mismas, no en

[r] *Id. Lib. 6. cap. 2.*

su abuso, ha de considerarse la bondad de las cosas. Porque Arrio, Wiclef, Lutero, Jansenio, todos los heresiarcas fueron teólogos, ¿se proscribirá la augusta ciencia de la religion? Porque una mano bárbara sacude la tea encendida, y hace que prenda y vuelle la llama en la ciudad; ó ya rompe los diques del entumecido torrente, para sumergir las mieses y los ganados, ¿se desterrarán los elementos de vida, el agua y el fuego, de entre los hombres?

¿Ni cómo el estudio de las Bellas Letras será un regulador indefectible de las acciones humanas, quando la moral con la enseñanza de ellas, la religion con sus amenazas, la legislacion con sus patíbulos no alcanzan á enfrenar los desórdenes? Si es indudable, que se necesitan, y todavía no bastan, correctivos mas fuertes que el estudio placido de la belleza, para contener los extravíos del y corazon, no lo es ménos, que ese estudio y amor del buen gusto se encamina por naturaleza á dirigir arregladamente sus movimientos. Aunque los efectos se frustren ó depraven por motivos extraños, la enseñanza de las Humanidades conduce de suyo á la mejora del entendimiento y del corazon.

Tal es la carrera, que se o abre á la vista, mis amados alumnos, delicias y esperanza de la patria. No rehuyais la dulce compañía de las Musas; que ellas son los

númenes de todas las ciencias. No tengais rubor de ensayaros á pulsar la lira, cuyos sonidos no desdeña la Divinidad. Calló por largo tiempo en las riberas de Guadalquivir, ensordecidas por la fiera trompa de sus invasores. Las Musas son unas doncellas tímidas, que enmudecen y huyen despavoridas, durante el fragor de las armas. Aunque la salud de la patria las ponga tal vez en la mano, su estrépito siempre las auyenta; y si cantan la gloria del vencedor, y enguirnaldan de rosas y laurel sus trofeos, es luego en el ocio y seguridad de la paz: semejantes á las flores del Nilo, que no aparecen hasta despues de retirada la inundacion.

Los Amigos benéficos del pais las restituyen otra vez á este suelo querido de ellas; y me encargan de conduciros á su templo, é iniciaros en sus arcanos. Alejado muchos años de sus penetrales por mas severas ocupaciones, que tal vez han causado amarguras á mi espíritu, ¡venturoso yo! si qual es mi anhelo de corresponder á la inesperada y desmerecida confianza de la real Sociedad, tal fuere mi acierto para guiaros por una senda, de largo tiempo abandonada, en la qual vuestros mas bellos años encontrarán, como tuvieron los mios, un pábulo utilísimo é inocente, y mi edad madura en sus flores y en vuestros frutos hallará su consolacion.

Adolescentiam alunt, senectutem oblectant.